

espresion indecible, y cuando los fijaba en la tierra, los ángeles y los querubines envidiaban esas miradas al blanco mármol de un sepulcro. Yo, D. Pedro el Cruel, ó el Justiciero y el valiente, que de todo dirá mi historia, temblaba como una violeta, y me aparté de aquel lugar sin que descubriese mi rostro. Desde aquel malhadado día, he combatido en mar y tierra: he lavado, Lope, mis manos con sangre de damas, de infantes y de reinas; pero la memoria de Doña Inés vive siempre, y compraría sangre con la sangre de mis arterias.

Durante el discurso del rey toda la sangre de Hinestrosa se habia subido á su cabeza; pero fijándose en sus ojos, conservaba el rostro amarillo, y martirizaba sus labios.

Por mas esfuerzos que probaba, ninguno encontró á propósito para recobrar su sangre fria: y por toda respuesta al rey tartamudeó algunas palabras.

La situacion del rey D. Pedro no era menos agitada y ardiente, aunque bajo aspecto distinto: y así sin escuchar un punto á D. Lope, continuó con mas entusiasmo:

—Muchas veces tomo la pluma para firmar una sentencia, y no discurre entre mis dedos: muchas veces voy á comunicar mis órdenes, y la garganta se me anuda: muchas veces detengo el brazo al triste aspecto de una vírgen pálida y bella; y esta vision que me persigue en las vigiliass y en los sueños; esta vision que temo y amo; esta pupila de Carmona, es la huérfana Doña Inés.

Ya sabes mi pasion, D. Lope. Codicio á la hermosa Avendaño, y estoy decidido á poseerla.

—¡Imposible! exclamó Hinestrosa.

—¡Imposible! repitió el rey, sacudiendo con fuerza el brazo izquierdo del alcaide. ¡Imposible para el rey D. Pedro! No. Tú has perdido el juicio, D. Lope, y no debo hacerte algun caso.

Despues añadió con sarcasmo:

—Querrá predicarme continencia el que me entregó su sobrina: y á fé que era hermosa como un ángel, y á fé que aun la quiero, D. Lope. Hallais imposibles para mí: se engaña mucho el noble alcaide. Yo hice anular mi matrimonio por dos reverendos obispos, para casar con Doña Juana, y despues de una feliz noche, no he visto mas á la de Castro. Yo hice á Doña Aldonza Coronel, besar arrodillada mis manos, y estaban teñidas en su sangre. La hija del señor de Aguilar recibió el fuego de mis besos sobre la nieve de su seno, y yo enjugué con sus cabellos el llanto ardiente de sus ojos. ¡Imposibles para mí, D. Lope! Estais soñando, ¡vive Dios!

Dos veces estrechó D. Lope el rico puño de su daga, con una convulsion horrible. ¿Era el ánimo del alcaide hundirla en el seno del rey? Me es imposible contestar.

La gran reserva de Hinestrosa, su impassibilidad continúa, habian desaparecido del todo; y aquella cabeza de hierro, caldeada al fuego de mil Etnas, despedía centellas de sí.

¿Qué causas habian producido un fenómeno tan extraño? Tampoco puedo responder. En el discurso de los años, y aglomerándose los hechos, quizá se descifre el misterio, bien por circunstancias imprevistas, bien por confesion del alcaide. Tengamos paciencia entre tanto, y prosigamos nuestra historia.

Vuelto sobre sí nuestro alcaide, dijo al rey con un tono humilde:

—Jamás he tratado, señor, de contrariar vuestros deseos, y me habeis castigado bien, por contradeciros un punto. He procurado, rey D. Pedro, evitaros un sinsabor, aunque esta buena intencion mia redunde en descrédito de mi lealtad y en grave daño de mi honra. Cuando he repetido á S. A. que la posesion de Doña Inés era imposible, tuve, señor, tan solo en cuenta. . . .

—¿Qué?

—Que Doña Inés ama rendida. . . .

—¿A quién, alcaide?

—A vuestro hermano.

—Hé aquí mi segunda pasion, dijo el rey con una carcajada sorda. Hé aquí mi segunda pasion: la venganza.

El alcaide se quedó inmóvil. El rey D. Pedro daba vueltas con la rapidez del relámpago, y hacian un ruido sus canillas muy semejante al de los dados cuando ruedan sobre un tablero. Manchas de sangre se mostraban en sus pupilas centellantes, y sus labios secos y rojos daban libre paso á un aliento recio como los huracanes, y como la lava encendido.

Hinestrosa, el mismo Hinestrosa, dejando aparte su extraordinaria sangre fria, estaba atemorizado al aspecto del monarca de las Castillas, y quizá se arrepintió entonces de haber llamado la tormenta que presagiaba tal estrago.

D. Pedro se paró de pronto, y dando una recia puñada sobre un bufete de nogal, que se dividió en dos mitades:

—Es posible, dijo, que por do quiera los Guzmanes hayan de salirme al encuentro. Late mi corazon de niño por la hermosa Juana Manuel, y hay un conde de Trastamara, bastante feliz, bastante osado, para disputar á su rey la posesion de una belleza, y para llamarla su esposa. . . . Quiero gobernar mis Estados con independencia y justicia, y un D. Enrique y un D. Tello levantan provincias enteras y me ponen en grave aprieto. Me obligan, sí, me obligan á contraer un matrimonio detestable, y el gran maestre de Santiago pasa muchos meses de viaje con Doña Blanca, con mi esposa. Pongo en grave apuro á Albuquerque, y D. Fadrique y Trastamara le prestan proteccion y apoyo, dando fundamento á la liga que en favor de la reina forman; en la que mi propia madre entra, y de la que sufro desafueros en las conferencias de Toro. Por evitar mayores daños doy á D. Enrique permiso para que sirva al rey de Francia, y apenas comienzo la guerra con el monarca de Aragon, cuando llega Enrique á mis fronteras, tala las fértiles comarcas de Almazan y Soria, y vence á las huestes de Cas-

tilla sobre los campos de Araviana. Veo en medio de tales disgustos y cuidados una mujer como los ángeles hermosa, como los querubines radiante, como las vírgenes de Dios pura; y esta mujer ama entusiasta. . . .

—Sí, le ama, murmuró D. Lope.

—Maldicion sobre la raza entera, exclamó el rey. No quede ni uno solo á vida, y los bastardos de Alonso Onceno apaguen con su sangre impura todo el volcan de la civil guerra y el hondo cráter de mis celos.

Aquí se interrumpió D. Pedro, recorrió de nuevo la estancia apretándose la cabeza y lanzando sordos rugidos.

Temblaba el pavimento á sus pasos y los vidrios se estremecian. Ya tropezaba en un sitial, ya echaba á rodar una mesa, y ya con las puertas chocaba.

Despues de haber dado mil vueltas, se paró con alguna calma y dijo al alcaide Hinestrosa:

—Necesito ver á Doña Inés.

—La diré que el rey de Castilla me manda. . . .

—Sí, la dirás que el rey de Castilla desea verla algunos instantes, y no volverás, Hinestrosa, sin su consentimiento á verme.

—Quizás oponga resistencia.

—No hay excusa, señor alcaide. El rey D. Pedro quiere hablarla, y se ha de cumplir su deseo.

—Todo será como mandais.

Don Lope se alejó al momento, y el rey D. Pedro se dispuso para presentarse á la huérfana.

CAPITULO V.

Pues D. Pedro de Castilla
Tan valiente y tan severo,
¿Qué hizo sino castigos,
Y qué dió sino escarmientos?
QUEVEDO.

IRRITADO el rey todavía con un contratiempo tan invencible, segun todas las apariencias, marchaba con pasos desiguales, parándose de vez en cuando para proseguir sus pasos. A pesar de su natural arrogancia, sentia D. Pedro un embarazo, poco comun á su carácter, y temia, al par que deseaba ser presentado á Doña Inés. Cercado de inquietudes serias por la guerra con Aragon y la deslealtad de sus nobles, solo un corazon tan volcánico y unas pasiones tan sin freno hubieran podido ocuparse de peligrosos galanteos, cuando claudicaba su trono. Mas el hombre que por la Castro habia publicado un divorcio y contraído nuevas nupcias, abandonándola al día siguiente, no ponía freno al apetito ni reparaba en los obstáculos.

Cuando estaba mas distraido entre su amor y sus deberes, penetró en la estancia Beatriz, muy descuidada á la verdad de un encuentro tan imprevisto. Iba la dueña algo incomodada por el lance de la mañana, y en meditacion tan profunda,

que sin reparar en el rey chocó con él de tal manera, que estuvo á punto de hacerle rodar por el suelo. D. Pedro no habia visto entrar á la dueña, por tenerla vuelta la espalda, y al inesperado empujón revolvió furioso y con su daga ya desnuda.

El juramento de D. Pedro fué de una entonacion espantosa, y un ¡ay! doliente de la dueña, que ya se creyó ánima en pena, la contestacion mas humilde. Aterrada la pobre Beatriz con tan inesperado lance, se hincó en el suelo de rodillas, y abrazándose á las del rey le solicitaba perdon de una manera tan ridícula, que el monarca un momento antes irritado, y que habia temido quizás, no pudo menos de reirse, y levantó á la dueña con cierta bondad no muy comun en el leon de las Castillas.

Era el lado flaco de Beatriz, hablar siempre lo mas posible, sin desperdiciar ocasion, y el manifestar sus excusas se la presentó muy cumplida.

—Señor, dijo la pobre dueña: yo no sé como reprenderme un aturdimiento á mis años que os ha causado algun disgusto.

—No ha sido cosa.

—¡Oh! sí, ha sido mi falta bastante grave y reprehensible; pero tiene una dias tan fatales, que todo le sale malísimo. Empezó este con una disputa insufrible sobre una crónica bien antigua. . . .

—¿Os preciais de mujer leida?

—Leida no, replicó la dueña, con una modestia aparente, porque no conozco las letras y los libros andan escasos; pero he oido relatar muchísimas cosas, y mi memoria no es ingrata.

—¿Y del reinado de D. Pedro, teneis aquí muchas noticias?

—Desde que estoy aquí muy pocas, porque nos tienen bien guardadas, pero en otros tiempos muchísimas.

—¿Y qué opinion teneis formada de D. Pedro? —Me parece bastante malo, y desde que asesiné á. . . .

—Dueña, replicó el rey airado, el rey D. Pedro no asesina: castiga á los rebeldes y traidores.

—Perdonad, señor, si. . . .

—Nada tengo que perdonar: es una advertencia sencilla. ¿Sabeis algunas anécdotas de él?

La dueña estuvo muy tentada para responder que ninguna, pero su pasion favorita se sobrepuso, como siempre, y prosiguió de esta manera:

—No dejo de saber algunas, y una particularmente curiosa, cuando casó con Doña Blanca. Voy á referiros la al punto.

Entre las joyas y preseas que presentó la joven reina al rey D. Pedro, se distinguía por el trabajo una rica cinta de oro: el rey, que estaba enamorado de Doña María de Padilla, abandonó al punto á su esposa, y fué á buscar á su manceba. Temerosa la joven dama de que el rey burlase su amor por el cariño de la reina, hizo que hechizase un judío la hermosa cinta, y poniéndosela un día D. Pedro al cuello, creyó tener una culebra y abandonó á su buena esposa.

—¿Nada mas sabeis de ese cuento?

—Nada mas puedo referiros.

—Pues voy á darte la esplicacion, repuso el rey.

—Cuando vino á España Doña Blanca, salió á recibirla D. Fadrique, por orden espresa del rey, y en vez de apresurar jornadas, invirtieron un año largo en las fatigas del camino. D. Pedro, suspicaz y mozo, no vió indiferente esta tardanza; y las hablillas á que dió motivo fueron el hechizo que supo trasformar en sierpe una cinta de oro aquilatado.

—Muy enterado pareéis, señor caballero, en el pormenor de esa historia, y el mismo rey no contaría con mas puntualidad los hechos.

—Conozco bien este reinado, pero podeis continuar.

—A propósito. He oido aquí mismo una noticia que no deja de interesarme. Dicen que un santo sacerdote ha profetizado al rey D. Pedro una muerte bien prematura bajo el acero de su hermano D. Enrique de Trastámara.

A cada palabra de la dueña se iba oscureciendo la frente de D. Pedro, y brotaban sangre sus labios mordidos con fuerza para no pronunciar palabras.

—¿No sabeis nada de esta historia? repitió la dueña.

—Sí, contestó el rey, haciendo un esfuerzo: un mal sacerdote, traidor encubierto y astuto, ó loco rematado, hizo el pronóstico que dices; mas el rey D. Pedro, que sabe recompensar bien tales servicios, le hizo quemar como agorero; y si el horóscopo se cumple, no se gozará el adivino en la victoria de su ciencia.

La dueña empezó á santiguarse, y la preguntó el rey D. Pedro:

—¿Qué causa tienes, vieja bruja, para hacerte esos garabatos?

—Señor, lo que acabais de referirme es capaz de erizar el cabello á todo cristiano católico. ¿Sabeis, señor, qué crimen es quitar la vida á un sacerdote?

D. Pedro empezó á mesarse con cierta distraccion, la barba; y llegándose mas á la dueña, la dijo con voz bastante airada:

—¿Y sabes tú, dueña, el delito que comete un mal sacerdote, propalando sus fantasías, sus cavilaciones ó sus sueños como predicciones proféticas? ¿Sabes tú el daño que hace al rey, presentándole ante sus pueblos como maldecido de Dios? ¿Sabes tú la desconfianza que inspira á los súbditos mas leales, y el ánimo y fuerzas que infunde entre los vasallos rebeldes? Y el hombre que tal daño causa, el que miente con tal descaro....

—No miente.

—¿Qué dices?

—Hacer quemar á un sacerdote! No dudo yo se verifique lo que el santo varon anunciaba....

—¿Dueña!

—Tan horrible castigo traerá el del cielo sobre el rey; y no solamente traspasará la daga su corazon empedernido....

—¿Dueña, dueña!

—Sino que lamerán los perros su sangre....

—¡Calla, por el diablo, calla dueña, ó el mismo D. Pedro te asesina!

La horrible agitacion del rey habia crecido por instantes, y al pronunciar estas palabras oprimian sus manos la garganta de la infeliz dueña, que podia apenas respirar.

Este cuadro, digno de los pinceles de Miguel Angel, tenia una repugnante horribilidad.

Beatriz arrojada en el suelo, tenia su cuello entre las manos del enfurecido monarca; y con su rostro casi negro hacia contorsiones tan ridículas y tan extraordinarios gestos, que á un espectador impasible, hubiera sido muy difícil no soltar grandes carcajadas. Casi arrodillado D. Pedro habia aproximado su cara á la de la dueña infeliz; y á medida que Beatriz aumentaba sus convulsiones y sus gestos, se iban erizando los cabellos sobre la frente del monarca.

Ya estaba próxima á espirar la siempre charlatana dueña, cuando el rey la soltó de repente; y lanzando un rugido sordo, huyó murmurando entre dientes:

“Así se agitaba Fadrique, cuando le asesiné en Sevilla.

CAPÍTULO VI.

Un Adonis que va á caza
De jabalies monteses
Dejando su diosa amada,
Y dice la letra, muere.
ROM. DE ROMANCES MORISCOS.

Si han concebido mis lectoras alguna dulce simpatía por el noble infante D. Juan, estarán, como yo, algo inquietas, por saber qué tal se divierte en la gran partida de caza. Como salió de mal humor, tambien estarán deseosas de conocer sus pensamientos: y yo que escribo con afán para complacer al sexo hermoso, me voy de partida de campo con tan alegre compañía.

Nada me importa que los padres pongan su ceño de costumbre: que las madres riñan un poco, y sobre todo, que las tías se atormenten con sus recuerdos. Pues si es muy justo acariciar, como ha dicho discretamente la princesa María de Baden, el recuerdo que trae esperanza, es seguramente muy triste alimentarse con recuerdos que no conservan porvenir.

Animo pues, mitad hermosa: abandonemos el castillo, y trisquememos con alborozo, al aire libre, teniendo por alfombra los prados, y por artesonado el cielo.

Vamos á asistir á la caza; precipitémonos con rapidez por las laderas; saltemos sin temor las breñas, y entre las gigantes encinas, hollemos con planta atrevida las rictamas y los tomillos.

Los arroyos que serpean no han de detener nuestros pasos: esos torrentes que se estrellan, nos salpicarán con aljófar, y entre las parras y los pinos murmurarán fuentes de cristal.

Corramos á ver los corceles que dan al viento crin y cola, que sacan fuego de las peñas, y fue-

go brotan sus alientos. Escuchemos sus fuertes relinchos, y los ladridos de la jauria, que sigue el rastro tenazmente á los jabalies y los ciervos.

Veamos al infante D. Juan blandir un agudo venablo, y codiciar hallar la pieza.

El sordo rumor de las ramas, tronchadas como con un hacha, nos anuncia algun jabalí, que caminando en línea recta, abre ancha senda con sus dientes. Un caballero se presenta sobre un valiente corcel tordo, y corta al animal el paso.

Veamos cómo eriza sus cerdas, cómo presenta sus colmillos y se prepara á combatir.

Ya han estrechado las distancias, ya el generoso bruto relincha, y la fiera va á acometerle. Los blancos colmillos rechinan y la embestida es peligrosa; pero un venablo rompe el aire, y el jabalí rebrama herido.

Quiere acometer mas furioso: su sangre salpica las rocas, y abandonándole las fuerzas eriza mas su áspero lomo, y en su lecho de ramas muere.

El ginete goza en su triunfo; y este cazador es D. Juan.

Saltaudo sobre la maleza viene un bosquecillo de astas, que se enredan en los arbustos y debilitan la carrera. El pobre venado se afana y toda la jauria le muerde.

¿Cuánta saña muestran los perros sobre el animal ya vencido! Con sus mordiscos le maltratan, y con sus aullidos le atormentan.

El paje llega felizmente: arranca al venado la vida, y toca su cuerno de caza.

Por aquí juran los monteros: por allá las reses rebraman: ¡cuánta confusion, cuánto ruido!

Mucho hemos corrido en muy poco: muy cansadas estaréis, lectoras; y yo quiero que reposeis. ¿Distinguis desde aquí una cañada, poblada de arbustos silvestres, y entrecortada por las rocas? ¿Veis una fuente cristalina, que no se desliza en el césped y á la que las zarzas dan sombra? Pues sobre el pico de una peña y recostado contra un pino está un jóven meditabundo. Ya le conoceis, es D. Juan.

A pocos pasos hay un niño con la cabeza destocada, tambien pensativo y de pié. Ya le conoceis, es Enrique. He cumplido media palabra.

¿Pero conseguiré tambien cumplir la segunda mitad de mi oferta? Si así no sucede, lectoras, no será por mi mal deseo.

Meditabundo, como hemos dicho, estaba el infante D. Juan, mirando la fuente apasible, y moviendo con su venablo algunas guijas desiguales que sirven de lecho al cristal. El jóven paje le contempla en un religioso silencio.

Conociendo muy bien Enrique cuánto padece su señor, se acaricia un poco la melena, y habla con tristeza al infante.

—No se presenta mal el dia, y con todo estais meditabundo y triste; ¿qué os ha sucedido, señor?

—Nada, Enrique, dijo el infante, y apoyó su frente en las manos.

—Es verdad, continuó el jóven paje, que mis pocos años y servicios no me dan, señor, un derecho para mezclarme en vuestras penas; pero si

una lealtad sin límites y un gran deseo de seros útil, pueden servir algo en mi abono, perdonadme esta indiscrecion y mandadme como á un esclavo.

—Gracias, le respondió D. Juan permaneciendo siempre abatido.

—Por lo demas, prosiguió el paje, no es para mí un grande misterio la causa de vuestra afliccion.

—Conoces tú, Enrique....

—Hace unas horas que conversabais en Carmona con el alcaide del Castillo. Vuestra conversacion indiferente para muchos espectadores, no lo fué un punto para mí; y por la mudanza de vuestro rostro conocí claramente que la respuesta del alcaide contrariaba vuestros deseos.

D. Juan mandó acercarse al paje, y le apretó la tierna mano con un cariño fraternal.

De la conversacion no oía mas que algunas palabras inconexas, pero anudándolas con cuidado á mis anteriores noticias, pude conocer fácilmente que tratabais de Doña Inés.

—Mucho has adivinado, Enrique.

—Vuestro amor á la de Avendaño es demasiado ardiente y grande para permanecer oculto, y no bastan leves vapores para cubrir al sol sus rayos.

—Tienes mucha razon, Enrique: por entre las nieves del Etna lucen las llamas del volcan, y el fuego griego se inflama mas bajo las aguas. Mi amor hácia la hermosa huérfana es tan puro como el de los ángeles; como el de los querubines, ardiente. Esta mañana pedí á Hinestrosa la mano de la huérfana y me la ha negado el tutor.

—Olvidais, señor, muchas veces vuestra situacion y los hechos. ¿Un amigo del rey D. Pedro interesarse por D. Juan! imposible. El viejo alcaide de Carmona odia tanto á vuestra familia, como el asesino del maestro.

—Enrique, con esa palabra has renovado mis heridas, y todas ellas brotan sangre. Ese caballo es de Fadrique: llevaba esta daga en el alcázar de Sevilla. Todo por aquí muestra sangre; y hasta los celajes purpúreos sangre me piden y venganza.

La exaltacion del noble infante habia crecido por momentos; sus grandes ojos centelleaban, y su corazon lleno de sangre, estaba próximo á romperse. Enrique le miró con lástima, y cogiendo su diestra con respeto, le dijo lleno de efusion:

—Mucho atrevimiento es en mí, querer prestaros mis consejos; pero el corazon de los niños tiene sus predicciones fatales, y el mio profetisa desgracias. En vez de dar la vuelta á Carmona, huyamos hácia las fronteras, y uniéndonos con D. Enrique haremos la guerra al tirano.

—Huir, dijo lentamente el infante, sin amigos en la comarca seriamos detenidos y presos antes de tocar las fronteras. Yo no conozco los caminos, ni tú tampoco, tiel Enrique. Mas aunque nos fuera posible abandonar la fortaleza, ¿crees que quien ha jurado proteger á la huérfana de Avendaño ha de abandonarla á su suerte?

—En ese caso queda un medio.
 —¿Cuál? preguntó el infante.
 —Rogarla que huya con nosotros á Soria.
 —Ese medio es muy oportuno, y yo me ofrezco á ser el guía, dijo un montero apareciendo por entre los pinos del monte.
 —¡Traicion! dijo Enrique colérico y poniendo mano á su cuchillo.
 —Aquí no hay traicion, señor paje: un hombre generoso y franco, que no aborrece al jabalí, pero que teme á la raposa, ha visto con pena la situacion del noble infante, y viene á ofrecerle su brazo. Para hacer traicion no se presenta el hombre que conoce bien un secreto, y puede contarle con señas.
 —Perdóneme el señor montero, y advierta, si lo tiene á bien, que hay justo motivo de duda sobre quien sorprende secretos.
 —Perdóneme á su vez el paje, y tenga en cuenta, si le place, que mal podia prestar servicios, sin dar al menos como prenda de fidelidad al infante, el haber callado secretos que me era fácil revelar.
 —Tiene razon el buen montero, dijo D. Juan interponiéndose; y yo le doy anticipada mi gratitud y cordial mano.
 Tendió el generoso infante su diestra, el montero la llevó á sus labios y dijo al infante al dejarla:
 Soy bien conocido en Carmona; en el momento que os convenga aviseme este señor paje, y cumpliré vuestro mandato. En cualquier hora y cualquier dia estarán prontos tres corceles. . . .
 —Cuatro si gustais, dijo el paje, pues debo ser de la partida.
 —Cuantos gustéis, Sr. Enrique. Ahora me parece oportuno alejarme para evitar toda sospecha.
 —El montero se despidió, D. Juan le dió otra vez su mano, y Enrique movia la cabeza como en señal de gran disgusto.
 —¿Por qué sacudes la cabeza, mi fiel Enrique?
 —Porque el montero nos engaña.
 —¿Siempre con sospechas y dudas!
 —¿No visteis llegar esta mañana dos caballeros al castillo?
 —Sí.
 —Pues uno de ellos es el rey.
 —¿Estás loco!
 —Cuando se arrojó del caballo escuché eruir sus canillas.
 —¿Es posible?
 —Y cuando se llegó á Hinestrosa, quiso descubrirse el alcaide.
 —¡Oh! ¡el rey D. Pedro está en Carmona! una mujer hermosa presa! Pronto mi buen paje, á caballo. El rey y el infante D. Juan arreglarán estrechas cuentas.

CAPITULO VII.

Señor Gomez Arias,
 Doleos de mí,
 Que soy niña y sola.
 Y nunca en tal me vi.
 CALDERON.

DESPUES de un pequeño reposo vamos á volver al castillo con precipitacion grandísima, pues tenemos necesidad de penetrar en su recinto antes que el infante se acerque.

A todo escape va D. Juan; y no tenemos para acelerar nuestra marcha, ni ferrocarriles ni globos. Poseen sin embargo los autores una especie de linterna mágica, y sirviéndonos de su ayuda, lo sabremos todo con tiempo.

En el mismo aposento blanco en que dejamos á Doña Inés, permanece la hermosa huérfana, pálida como de costumbre y como siempre pensativa. Su mirada fija en el campo, buscaba el sitio adonde los cazadores se inclinaron, y su pensamiento en D. Juan, queria penetrar un porvenir bajo mas de un punto insondable.

Un ligero ruido de pasos llamó la atencion de la huérfana, y volviéndose algo turbada, se vió frente á frente á D. Lope.

La fisonomía del tutor, terriblemente descompuesta, causó sobresalto á su pupila, ya de antemano receiosa por haber visto á D. Juan irse sin que le siguiese el alcaide.

Poco tiempo tardó Hinestrosa en recomponer su semblante, y dirigiéndose á la huérfana la dijo con grande dulzura:

—No sé, mi hermosa Doña Inés, si conocéis ya la llegada de dos huéspedes al castillo.

—Encerrada en mi habitacion, no he visto mas personas hoy que á mi dueña Beatriz y al infante.

—Ya sé, señora, que habeis visto al jóven y bizarro D. Juan. Todo lo sé ya, Doña Inés.

El alcaide se mordió los labios y continuó lentamente:

—Uno de mis huéspedes, señora, solicita le recibais.

—Mucho agradecería, D. Lope, poder pasar sola este dia, para mí de amargos recuerdos; y si tuviese á bien el huésped dispensarme de su visita, le deberia grande merced. Estos son, señor, mis deseos; si los encontrais hacaderos, disculpadme con vuestro amigo, y os quedaré muy obligada.

—Bastante feliz seria yo en cumplir tan justo mandato; pero es imposible, señora, condescender á vuestra súplica.

—¿Y queréis decirme, D. Lope, quién es el noble caballero que solicita mi presencia? ¿Queréis decirme qué motivo tiene para conferenciar con Doña Inés Sanchez de Avendaño?

—Le desconozco enteramente.

—¿Vos, encargado de mi custodia, permitís que venga un extraño á revelarme sus secretos, sin haberlos conocido antes? ¿Vos...! sin saber su condicion, sin conocer muy bien su nombre....

—El huésped se llama. . . .
 La voz de Hinestrosa se anudó y sus pupilas se encendieron.

—¿El huésped se llama? repitió la huérfana.
 —El huésped se llama D. Pedro, rey de Castilla y de Leon.

—¿El rey!
 Las mejillas de Doña Inés, tan pálidas, momentos antes, se enrojecieron de repente: sus labios quedaron marchitos, y sus miradas se apagaron. Un extraordinario temblor hacia que chocasen sus dientes, y sus miembros atirantados habian perdido el movimiento.

El alcaide la contemplaba en una especie de delirio, y tocó sus manos cien veces sin que las retirase la huérfana.

En el semblante de Hinestrosa habia una mezcla bien extraña de terror, de enternecimiento y de placer. Cualquiera que la hubiese visto, no hubiera podido decidir qué sentimiento dominaba, y si era un réprobo perdonado ó un ángel bueno en su caída.

Lanzó Doña Inés un suspiro, sus negros ojos se entreabrieron, derramando muy pocas lágrimas, y postrándose de rodillas ante el alcaide de Carmona le dijo con doliente voz:

—Todo lo conocéis, señor, no puede seros un misterio mi situacion hácia el monarca, y debeis ampararme en ella. Sois un caballero, D. Lope; estais ejerciendo en la tierra sobre la huérfana de Avendaño la misma mision que mis padres en la morada de los justos. Sois mi protector por la ley, y tenéis sagrados deberes. Una huérfana desgraciada implora proteccion de un noble, y debe esperarla cumplida. Una mujer suplica á un hombre, y no debe quedar burlada. Por lo que mas amais en el mundo, escusadme el crudo tormento de hablar al...cruel D. Pedro de Castilla.

Durante la súplica de Inés habia padecido Hinestrosa todas las penas del infierno. Llevaba su mano á la frente y entre sus uñas ensangrentadas salian mechones de cabellos, que sacudia con estupor....

La respiracion de su pecho iba enronqueciendo por instantes, y cuando acabó su pupila, asemejábase á un hondo trueno.

—¿Qué queréis de mí, Doña Inés?

—La proteccion que me debeis.

—¿Mi proteccion contra D. Pedro!

Si quiero oponerle palabras, me mandará cortar la lengua; si atravieso mi cuerpo en los umbrales, pasará pisando mi cuerpo: si mi cabeza le incomoda, la estréllará contra los muros. ¡Mi proteccion contra D. Pedro! ¿Qué soy yo, miserable arbusto, contra el huracan que rebrama?

Y D. Lope se mesaba el cabello, y se atormentaba los labios.

—Sois hombre y temblais de un hombre, dijo la huérfana de Avendaño, poniéndose pálida otra vez y recobrando su energía; muy poco honrais á vuestro sexo.

—¿Qué queréis de mí, Doña Inés?

—Nada, D. Lope de Hinestrosa: decid al rey

de las Castillas que puede pasar cuando guste. Una mujer sabrá enseñaros á conservar puro el honor y no inclinaros ante sus plantas.

—Doña Inés!
 —Decidle, D. Lope, mi resolucion terminante: no os castigue por la tardanza.

Habia un desprecio tan profundo en estas palabras de la huérfana, que salió humillado Hinestrosa para participárselas al rey.

CAPITULO VIII.

Me iré; mas sepais es ley,
 Por si cambia vuestra suerte,
 Que la cólera de un rey
 Es mensajera de muerte.
 JAIME TIÓ.

No habia tenido Doña Inés tiempo para andar sus reflexiones, cuando unos pasos agitados en sus antecámaras, la hicieron creer que se aproximaba el rey D. Pedro.

No se engañó en su conjetura, pues á los muy pocos instantes abrieron la puerta con violencia y apareció en ella el monarca.

Las facciones del rey D. Pedro, tan enérgicas de costumbre, tenian una animacion febril. Sus ojos, como los de un cadáver, conservaban una inmovilidad horrible, y sus labios trémulos y rojos apenas dejaban salir un aliento abrasado y recio.

Doña Inés, poco preparada á recibir una visita en tal estado de desorden, quedó bastante sorprendida; y otra mujer menos intrépida hubiera mostrado, sin duda, su turbacion y sus temores.

Sin dejar su sitial, Doña Inés contemplaba majestuosamente la actitud del rey; y sin dirigirle una palabra esperaba la explicacion de su venida.

A la vista de Doña Inés varió de rumbo la imaginacion de D. Pedro, y olvidándose del maestro, vió ante sus ojos perturbados al comendador de Castilla.

En la confusion de sus ideas quedó indeciso por momentos; y fué gran fortuna para él que prevaleciese un instante entre las sombras de los muertos, la imagen pura de la huérfana.

Recobrado de su delirio se acercó mas á Doña Inés, y la dijo muy cortesmente:

—Perdonadme, hermosa señora, si me he presentado ante vos de una manera tan extraña. Conozco mal este castillo, y recorriendo algunas salas, he llegado á vuestro aposento, sin haber dado tiempo á Hinestrosa para pedir el permiso.

—Hace unos momentos que me anunció vuestra llegada, y esperaba que os acompañase hasta aquí.

—Así hubiera sucedido sin duda, á no haberme conducido antes, no sé si por suerte ó desgracia, un involuntario extravío.

—Yo hubiera tenido á gran suerte que os acompañase D. Lope.

—Esta reconvenccion de la huérfana desconcer-

tó un tanto al monarca; mas reanimándose muy pronto, la replicó en tono algo brusco:

Yo también hubiera deseado no necesitar anunciarlo.

—Doña Inés no dijo palabra, y el rey tuvo que proseguir.

—Mas con todo, esta casualidad dichosa me ha proporcionado el hablaros unos pocos momentos antes.

—Y á qué debo el honor, D. Pedro, de tan impensada visita?

—Muy mal la juzgais, bella Inés, creyéndola impremeditada. Quien ha visto una sola vez vuestro rostro, no lo aparta de su memoria, y suspira por volver á verlo.

—Causas mas graves á la verdad os habrán traído á este castillo, y mas dignas de vos y de mí.

—Causas mas graves, no, señora. Chocan en mi pecho las pasiones como las olas en la mar, y hierve mi sangre lo mismo que una catarata insondable. Yo, el rey D. Pedro de Castilla, me arastraré ante vuestras plantas, como el vasallo mas humilde, pidiendo, Doña Inés, compasión.

—¡Compasión el rey poderoso á la huérfana desvalida! compasión el águila real á la paloma solitaria, ¡no! rey de Castilla. Vos sois fuerte como la encina, y yo tan frágil como el junco: tended vuestras ramas al viento, y dejad á la humilde planta en su soledad y abandono.

—Yo soy rey; ¿pero qué es mi manto? Un tejido de oro y de púrpura que pesa mas por sus labores. La corona de ambas Castillas, que sobre mi frente destella, es mas pesada por ser de oro. El cetro que empuña mi diestra, si tengo que reñir mi fuerte espada, la abandono por imoportuno; y sobre el trono de dos reinos, me meceré fieros huracanes y me desvelan las traiciones.

En mis sueños y mis vigias veo una mujer llena de encantos, que me brinda felicidad. Tiendo mis brazos para asirla, y se desvanece cual sombra: corro tras ella como un loco, y no logro nunca alcanzarla. Esa mujer sois vos, señora, y vuestro amor es mi ventura.

—¡Jamás!

—Oh! compadeceos de mi locura. Yo tengo un trono respetado por los extraños y los propios; podeis subir hasta él.

—¡Jamás!

—Mi cetro pasará á vuestras manos, y yo seré un vasallo humilde.

—¡Jamás!

—Oh! Doña Inés, añadió el rey, queriendo apoderarse de la mano que Doña Inés le retiraba; por sellar mis labios aquí perderia mi trono en la tierra, la bienaventuranza en los cielos.

—¡Ah! le gritó Doña Inés.

—Casi loco el monarca, manifestaba mas empeño; mas en el momento de lograrlo—¡Atrá!—¡Atrá! repitió la huérfana; ¡atrás! asesino de mi padre.

El hermoso rostro de Inés parecia ceñido de aureolas, y sus pupilas encendidas lanzaban rayos por miradas. Su voz armoniosa y metálica

vibraba, y una impotente majestad se distinguía en su continente.

El rey D. Pedro, el mas orgulloso monarca, cayó de rodillas á sus piés.

—¡Atrás! monarca de Castilla, continuó diciendo la huérfana. ¿Quieres irritar mi ambición con la perspectiva de un trono? No lo conseguirás, D. Pedro. Están sus gradas llenas de sangre, y distingo entre ella la mía. ¡Oh! debe ser muy hermoso reinar en el tálamo de un verdugo.

Las facciones del rey D. Pedro se animaron con rapidez: aquella frente tan abatida se fué arugando poco á poco, y sus ojos amortecidos recobraron altivez y brillo.

Se levantó pausadamente, limpió el polvo de sus rodillas, como para que no quedase rastro de su humillacion anterior; y con una sonrisa sardónica fué repitiendo lentamente:

—¡Atrás, monarca de Castilla. ¿Queréis irritar mi ambición con la perspectiva de un trono? No lo conseguiréis, D. Pedro. Están sus gradas llenas de sangre, y distingo entre ella la mía. ¡Oh! debe ser muy hermoso reinar en el tálamo de un verdugo!

Volvió á limpiarse las rodillas; señaló un sitio á la huérfana; y sentándose en otro próximo, y sin dar tregua á su sonrisa continuó de esta manera:

—“Atrás, monarca de Castilla.” ¿Queréis decirme, hermosa Inés, con qué derecho rechazais á quien se ciñe una corona?

—Con el que rechaza un viajero al bandido que le acomete.

—“¿Queréis irritar mi ambición con la perspectiva de un trono?” ¿Os parece muy poca cosa la noble diestra de un monarca?

—Cuando me hiere alevé daga todas las manos son iguales.

—“No lo conseguiréis, D. Pedro.” ¿Considerais débil al león y haceis burla de sus furiosos?

—Me considero bastante fuerte, y con esta conciencia basta.

—“Están sus gradas llenas de sangre, y entre ella distingo la mía.” ¿Pensais que ha corrido ya mucha, y que no pueden empaparse con otra sangre mas caliente?

—Sé que los mártires van al cielo, á do están libres de tiranos.

—“¡Oh! debe ser muy hermoso reinar en el tálamo de un verdugo.” ¿Recordais la última palabra?

—¡Verdugo!

—Y ahora bien, hermosa señora; ¿no puede suceder que se cause el rey de rogaros, y mande con justo derecho lo que pide como una gracia?

—El mismo derecho tiene el rey para imponerme su voluntad, que el cazador sobre la tortola para limitarla su vuelo. La misma será nuestra suerte.

—Reflexionais que en vez de un trono pueden abrirse calabozos?

—Tan libre es el alma en la prision como el ambiente que da la vida.

CAPITULO IX.

¡Que me matan! ¡Favor! Así clamaba
Una liebre infeliz que se miraba
En las garras de un águila sangrienta.
SAMANIEGO.

CUANDO se separó el alcaide de su pupila Doña Inés, se encaminó hácia el gran salon, con ánimo de ver al rey, pero sin saber qué decirle.

Su discrecion con la Avendaño le habia comprobado altamente toda la grandeza de alma que en esta jóven distinguía, y estaba seguro que D. Pedro no lograria jamas favores de la huérfana desgraciada. Mas á pesar de esta certeza su decision era dudosa, y con gran motivo por cierto.

“Sois un caballero, D. Lope, estais ejerciendo “en la tierra sobre la huérfana de Avendaño la “misma mision que mis padres en la morada de “los justos,” habia repetido Doña Inés al caballero de Hinestroza; y estas palabras tan sentidas y tan nobles al mismo tiempo, revelaban en el alcaide los sentimientos del honor.

“Por lo que ameais mas en el mundo” le habia suplicado la huérfana, y esta súplica resonaba en el corazon de D. Lope.

Tampoco olvidaba Hinestroza aquellas palabras severas: “Sois un hombre, y temblais de un hombre; muy poco honrais á vuestro sexo.” Y se repetía con espanto: “Nada, D. Lope de Hinestroza, decid al rey de las Castillas, que puede pasar cuando guste. Una mujer sabrá enseñaros á conservar puro el honor y á no inclinarse ante sus plantas.”

Cada sílaba era una espina para el corazon del alcaide. Su dignidad de caballero le acusaba de cobardía, pero su respeto al monarca, y aquel temor tan bien fundado que iban tomando al rey D. Pedro sus favoritos y aun su dama, alzaban la voz fuertemente para condenar sus escrupulos.

Este temor hácia D. Pedro habia crecido en sumo grado desde la muerte de D. Fadrique, pues la ciega furia con que el rey persiguió á Sancho Ruiz de Rojas, camarero del gran maestro, hasta la cámara de la Padilla, en cuya presencia le mató, causó tal espanto á sus gentes, que desde aquel dia padecieron con el temor de un arrebato, el castigo de varios crímenes.

Entre su temor y sus dudas llegó al gran salon el alcaide; pero cuando tendió la vista y percibió al rey D. Pedro, sintió despejarse su frente y su corazon ensancharse.

No tenia esperanza D. Lope de que desistiese el monarca, pero una tregua en tal apuro era una tabla para el naufrago, y una dilacion para el reo.

Completamente decidido á dilatar la conferencia, pero anhelando al mismo tiempo quedar á cubierto con el rey, se decidió á esperar en el salon, para que no pudiese nunca reconvenirle de tardanza.

Como estaba bastante inquieto, empezó á recorrer la estancia, y en su primer vuelta notó un bulto hácia un extremo de la pieza.

—Y no descubris á lo lejos cómo se levanta un cadalso y cómo se apresta un verdugo?

—Una víctima mas en la tierra y un ángel mas en las alturas.

—No temeis la muerte, Doña Inés?

—Solo temo una cosa, D. Pedro, pero está á mi cargo guardarla.

—Queréis revelarme el secreto?

—Temeraria, si fuese posible, la pérdida de mi honor, D. Pedro.

Dejó el monarca su sitio, y llegándose á Doña Inés la preguntó:

—Con que no temeis, dama hermosa, mi cólera ni los verdugos!

—Podeis arrancarme la vida y beber despues mi sangre.

—Jamás sucederá, Doña Inés. Os doy mi palabra de rey de no tocaros á un cabello en ninguna ocasion ni tiempo: no temais, pues, por vuestra vida.

Dió algunas vueltas por la estancia el rey D. Pedro; llegó al dintel de la ventana, y vió á D. Juan que á todo escape se encaminaba hácia el castillo.

Una carejada siniestra lanzó el monarca al contemplarle; y volviéndose hácia Doña Inés, la preguntó festivamente:

—¿Amáis al infante D. Juan?

Turbada quedó la Avendaño con tan imprevista pregunta. Mil y mil ideas se cruzaron con tal rapidez por su mente que la era imposible enlazarlas.

Temia por un lado irritar la cólera del rey sobre el objeto de su amor, y al mismo tiempo se indignaba de aparecer como cobarde en una situacion tan crítica.

Si consultaba su altivez, estaba pronta á confesarlo; y si tomaba por consejero á su noble amante D. Juan, le encontraba tambien resuelto.

—¿Amáis al infante D. Juan? volvió á preguntarla el monarca.

—Sí le amo, dijo Doña Inés en un arrebato de orgullo.

—Pues adoradle mientras viva.

Cruzó el rey D. Pedro los brazos, dió unos paseos mas por la estancia, y llegándose á la pupila de Hinestroza, la dijo con su sonrisa de sarcasmo:

—Perdonadme, hermosa criatura, mis amenazas y mis ruegos.

—Ni me han convencido los unos, ni me han perturbado las otras.

—Sois muy valiente, bella dama; mas á pesar de ese coraje, idos preparando á sufrir.

—Bastante he sufrido en mis años.

—Adios, repito, hermosa dama.

El rey salió pausadamente.



Picada su curiosidad algun tanto, se aproximó pausadamente, y con la punta de su pié sacudió tres ó cuatro veces al envoltorio descubierto.

Nada se movió á los principios; pero como continuaba el alcaide, y con mas fuerza cada vez, escuchó una voz lastimera que con ronco acento decía:

—¡Compasion de mí! rey D. Pedro. Soy una pobre dueña, anciana y con mil crónicas dolencias; yo sellaré de hoy mas mis labios, y diré amen á cuanto pase, aunque mandéis quemar á un nuncio. ¡Compasion de mí! rey D. Pedro.

Esta lamentacion de Beatriz, hubiera asomado la risa á los labios de nuestro alcaide en otra situacion cualquiera; pero era tan apurada la suya, que sin desarrugar la frente dijo á la dueña con enojo:

—Levantad, mujer, por Santiago, y desechad vanos temores. No soy D. Pedro, ¡vive Cristo! y sí el alcaide de Carmona.

Beatriz, que se consideraba otra vez víctima del rey, sintió tal gozo con su engaño, que levantándose ligera, á pesar de su inmensa mole, se colgó al cuello de Hinestrosa, y de víctima que habia sido, pasó á convertirse en verdugo.

No se contentó con estrecharle, y en su místico arrobamiento daba mas besos al alcaide que habia dado á la jóven huérfana en sus dos años de nodriza y en sus diez y seis mas de dueña.

D. Lope, aunque no distaba en los años de la cariñosa Beatriz, no gustaba de un besuqueo con mezcla de babas y de barbas; y así rechazándola irritado,

—Bruja rematada, la dijo, ¿habeis perdido todo el seso, y despues de quejas y de lloros ventís á ahogarme con los brazos y á darme vascas con los besos?

—Perdonadme, señor alcaide, pero sentí tanto consuelo hallándome con un amigo, en vez de encontrarme con el rey...

—¿Estais en vuestro juicio, dueña?

—Vaya si lo estoy; y muy completo. Y eso, señor, que me han sucedido hoy fracasos mas que bastantes ciertamente para trastornar la cabeza á quien la tuviera de bronce.

D. Lope, que se habia zafado de los brazos de Beatriz, y que encontraba coyuntura para tomar algunos datos sobre la desaparicion del rey, cogió el sitio mas inmediato, y reclinado muellemente estuvo escuchando largas horas el triste caso de la dueña, que con sus pelos y señales, comentarios y anotaciones, le fué encajando en la mollera.

Conociendo nuestros lectores cuanto entre D. Pedro y Beatriz habia sucedido en el salon, agradecerán la dejemos contar á D. Lope su historia, sin trascibir aquí mas párrafos que la conclusion ó el epílogo.

—Ya estais enterado, señor, continuaba Beatriz, de mi desagradable encuentro. En él habréis visto, D. Lope, toda la mala fé del rey y la candidez de mi parte. No es accion digna de un monarca echar el cebo á una paloma para que lo trague inoente y halle un anzuelo en sus entra-

ñas. Si tanto amargan las verdades, ¿por qué las pidió de mis labios? Si era su ánimo oír lisonjas, vaya á buscarlas en palacio de sus cortesanos y damas. Yo soy una cabra montés, que mientras encuentro pradera, corro sin pararme á considerar si pongo el pié sobre un tomillo ó sobre una violeta fragante.

Así terminó nuestra dueña; y cuentan historiadores graves, que en sus últimos años de vida recordaba como dia feliz el dia veintiuno de Octubre de mil trescientos cincuenta y nueve, porque á pesar de sus desgracias habia sido escuchada atentamente por el alcaide de Carmona.

Esta cortesania de D. Lope, le valió grande estimacion de Beatriz, como lo veremos adelante. Mas prosigamos nuestra historia.

No disgustó nada al alcaide el melodrama de Beatriz; pues conociendo bien al rey, y sabiendo por otra parte que su permanencia en Carmona no podia prolongarse mucho, creyó, al parecer con fundamento, que muy irritado el monarca, dejaria al punto su castillo sin acordarse de la huérfana.

Esta composicion de lugar no dejaba de servir á Hinestrosa, pues sin esponerse á peligros, podria decir á su pupila que se habia portado como bueno, y dádola su proteccion.

Lleno de tan dulces ideas, compadeció mucho á la dueña, la dió saludables consejos, y la despidió cortesmente hasta la puerta del salon, encargándola se encerrase con gran cuidado en su aposento, no la sorprendiese D. Pedro.

Salió la dueña decidida á no descuidar el encargo.

CAPITULO X.

Tras de la cruz está el diablo.

Con permiso de mis lectores vamos á seguir á la dueña.

Salió Beatriz del gran salon muy satisfecha de D. Lope, pero temblando de D. Pedro.

Apenas llegada á la puerta echó una curiosa mirada á lo largo de los pasillos; y al ver proyectarse una sombra, volvió sus pasos hácia atras.

Recobrada de su aprension salió con el mayor silencio andando siempre de puntillas. Mal alumbrados los pasillos, y muy estrechos y tortuosos, parecia formados de intento para amedrentar á la dueña.

El ruido que formaba el viento lo interpretaba por murmullos, y cada vez que creia oír pasos, daba una rápida carrera y se santiguaba mil veces.

Como se iba haciendo de noche, solia chocar con las esquinas; á cada encuentro daba un gemido y aceleraba su carrera.

Mas como en este pícaro mundo todos los males y los bienes tienen su término inevitable, lo tuvo tambien el camino de la temblorosa Beatriz, y tras el mar de los pasillos, se halló en el puerto deseado de su retirado aposento.

Apenas se vió dentro de él, corrió presurosa el cerrojo, y amontonó unos cuantos sitios para interceptar bien la entrada.

Ya hemos dicho que era de noche, y muy oportuno por lo tanto que dejemos á la pobre dueña encender luz, si hemos de recorrer la estancia.

Empieza á arder una lamparilla de barro, colocada sobre un bufete de nogal. Sus primeros rayos alumbran un crucifijo de madera, enteramente desollado, no por los azotes judaicos, pero sí por no conservar rastro que dijese, aquí estuvo un tiempo el barniz.

En el pié de este crucifijo habia dos peines enlazados entre cienientos cabellos, y colgaban del clavo inferior unas antiparras de estaño.

Rodeaba el cuello del buen Cristo un rosario de gruesas cuentas, bendito por el padre santo y con indulgencias á cientos.

Alumbraba tambien la lámpara á una vírgen de los Dolores; si modelo de la bondad entre las hijas de los hombres, modelo de todo lo malo que puede trazar un pincel.

Sin tapices el aposento, dejaba ver algunas grietas en el muro, por las que refiere Beatriz asomaban frecuentemente ciertos animalejos inmundos de buen picar y mal oler.

En el rincon mas apartado estaba el lecho de la dueña, si no estimable por lo rico, admirable por su limpieza; pues así era puerca Beatriz como callada y valerosa.

No muy lejos del viudo lecho se encontraba un arcon de pino, fiel guardador de blancas tocas, de negras sayas, de escapularios y silicios; pues esta mujer tan robusta, martirizaba su pellejo sin comer nada de sus carnes: bien que refieren malas lenguas, que apretaba tanto su estómago de manjares apetitosos, como alojaba las correas de sus decantados silicios.

Ya hemos referido que amontonó varios sitios; y queda probado *ipso facto*, que en la habitacion de la dueña podia descansar cualquier prójimo que necesitase reposo.

En un rincon, frente del lecho de Beatriz, habia un lienzo bastante grande, y no mal pintado por cierto, obra sin duda de paganos, pues representaba á Afrodite, saliendo de su madre Tetis. Este lienzo estaba condenado á rodar por su origen y por su asunto.

Encendida que fué la lámpara, hermoso tributo de humo que la caridad de los fieles presenta á Dios de las misericordias, tuvo buen cuidado Beatriz de ponerla cerca del Cristo.

Arrodillada ante el crucifijo, y volviendo la espalda de intento á la maldita Venus griega, empezó Beatriz sus plegarias dividiéndolas en dos partes. Era la primera, accion de gracias por haber escapado á vida en un naufragio tan deshecho, ó como si dijésemos el holocausto; y la segunda una promesa de maceraciones y ayunos, ó el verdadero sacrificio.

Pudo terminar la primera cuando le plugo á su sabor; mas al comenzar la segunda sintió un estrépito terrible, y cayendo de bruces al suelo, em-

pezó á clamar con su pesadilla de entonces: “¡rey D. Pedro, misericordia!”

No le respondió una voz amiga, como en el salon del Castillo; pero sí un maullido algo ronco, que al instante conoció ser el de su querido gato rojo.

Alentada con este amigo, se levantó con ligereza, y pudo conocer la causa de sus infundados temores.

Rojo, gato cómodo y soñoliento, habia echado cuentas consigo sobre el modo mas adecuado de pasar una buena siesta, y habia sacado por resultado que acurrucándose tras la Venus griega, podria dormir á su placer.

Así lo verificó al instante; pero le vino pesadilla sobre no se qué morisqueta que le habia jugado una gata, y queriéndola castigar, se levantó desafortado haciendo rodar por la estancia aquella memoria de Apeles.

Beatriz, que aunque buena cristiana no mostraba gran mansedumbre, cogió por la cola á su gato, y si el animal no la araña, no hubiera sido muy difícil quedaran estampados sus sesos en los pilares de la estancia.

Durante la lid de gato y dueña dieron tres golpes á la puerta con mucha discrecion y quedos.

Beatriz, que desde su aventura habia aguzado sus oídos, los percibió distintamente y comenzó sus temblores.

Los golpes fueron repetidos con alguna mas violencia, y la dueña se retiró hasta el rincon mas apartado.

De nuevo resuenan los golpes, y la nodriza de Doña Inés, no sabiendo con qué escudarse, agarró el lienzo de la Venus y lo coloca por delante.

Dan otros golpes algo mas fuertes á los que se sigue una voz que dice:

—¿Teneis la bondad, señora dueña, de recibirme unos instantes?

Beatriz se tapa los oídos.

—Hacedme este grande favor para un negocio interesante.

La dueña reprime su aliento.

—¡Voto á Barrabás que esto es mucho! exclamó con enfado Enrique; y dando un empellon á la puerta hizo rodar varios sitios, pues la dueña en su aturdimiento habia corrido el cerrojo en falso.

Entró el paje en el aposento y empezó á buscar con ahínco á la infortunada Beatriz.

—Voto á mil moros, dijo el paje; á que se ha llevado algun demonio á esta bruja de Barrabás para que le cosa las medias! Una vez que la necesario se ha convertido en lagartija, y me está apurando la paciencia trescientos sesenta y cinco dias al año.

Enrique daba recias patadas, se mordía los labios y se mesaba los cabellos.

Dió varias vueltas por la estancia, hasta que descubrió una saya debajo del cuadro de Venus, y separándolo con enfado logró distinguir á la dueña.

—¡Tras de la cruz está el diablo! exclamó el paje contemplándola.

—¡Enrique de mi corazón! dijo la Beatriz, echándose al cuello del joven; me consideraba alma en pena.

—Economizad los abrazos, si os viene bien, y contestad á mis preguntas. ¿Qué ha sucedido en el castillo durante mi ausencia?

—No sabéis lo que ha sucedido?

—Ni una palabra, buena dueña.

—Esperad, correré el cerrojo, y lo sabréis todo por estenso.

Hizo Beatriz lo que indicaba, y sentándose en un sitio dijo al paje con gran misterio:

El rey D. Pedro está en Carmona.

—¿Estais segura?

—Sí lo estoy; y estas señales en mi cuello que no me dejarán mentir.

—Parece que os han cogido con tenazas.

—Los dedos de D. Pedro el Cruel.

Ya le conocí al apearse, dijo Enrique sacudiendo su malenita.

Beatriz quiso contarle por entero lo sucedido con el rey; pero le fué imposible efectuarlo, por la gran impaciencia del paje que la abrumó con sus preguntas.

—¿Ha dicho algo de D. Juan?

—Ni una palabra. Mas en tanto....

—¿Y preguntó por Doña Inés?

—Como si no hubiera en el mundo una señora de tantas prendas. Si hubieras visto en....

—¿Va á permanecer mucho tiempo en este castillo?

—Ni el mismo D. Lope lo sabe. Vamos, si cuando sobrevivo....

—¿Ha llegado mas comitiva?

—No he visto mas huésped que al rey, y si todos son de su temple....

—¿Y no adivináis el motivo por qué se presenta en Carmona?

—Cómo es posible que adivine....

—Sois mas estúpida que un troneo. Haber hablado con el rey hasta apurarle la paciencia y no saber á que ha venido, solo sucede á una mujer que no tiene sentido comun.

—¿Enrique!

—Dejémonos de bromas, dueña. Aquí va á suceder algo malo, y no puedo contar con vos para que ayudeis mis proyectos. Mas por si sale todo bien, estad dispuesta á media noche para abandonar el castillo.

—¿Nos volvemos al Villarejo? Qué me huelgo de que así suceda. No tengas cuidado, mi amigo. Me despediré de D. Lope.

—Ni una palabra le diréis.

—Estuvo tan humano conmigo. ¿Mas tendréis prontas las literas?

—Ya os contaréis, buena dueña, con cabalgar sobre un trotero, sostenida por estos brazos.

—¡Oh! no fuera decente á mi edad....

—Estad aperebida, dueña, y no despleguéis vuestros labios. Enrique salió presuroso.

CAPITULO XI.

No disminuyo el tesoro
De mi honra, á fe mia,
Si trueco por alquimia
Unas palabras en oro.
LOPEZ.

EN el capítulo antecedente nos separamos de D. Lope para conducir á la dueña, y es justo que volvamos á su presencia para continuar bien la historia.

Estaba sentado el alcaide á la inmediacion de un bufete, en el que apoyaba su codo, y sobre la palma de la mano tenia reclinada su frente.

En todo el discurso del dia le hemos visto meditando; pero su reserva extraordinaria nos imposibilita á decir por qué tomaba tanta parte en acontecimientos estraños, si se juzga por apariencias, á su interes y su reposo.

La terrible escena del rey con la dueña de Doña Inés, habia satisfecho al alcaide en cierta manera; pero una estraña incertidumbre le atormentaba el pensamiento.

Habia desaparecido el monarca, sin saberse su direccion, y D. Lope, por mil razones, no se atrevia á ir en su busca.

Cansado de la incertidumbre, un tormento que segun Dante, no padecen los condenados, y que debe aliviar sus penas, iba á levantar á Hineztrosa, cuando apareció en el salon Pero Fortun, montero del señor alcaide, y que ya han visto mis lectores en su entrevista con D. Juan.

—Pardiez! señor alcaide, que ha corrido mi pobre jaco mas de lo que debian prometerme sus huesos mondados y tersos, como el colmillo de un jacaí, dijo Fortun aproximándose.

—Bien venido, señor montero, replicó Hineztrosa con afecto. ¿Qué novedades de la caza?

—Toda caza mayor, D. Lope. El infante hirió por su mano á un jabali de los guardianes: su paje nos tendió á un venado de seis años, y yo en mi profesion de espía no he perdido tampoco el tiempo.

—¿Qué has averiguado, Fortun?

—Casi nada. El tigre real, como vos llamais al infante, quiere mudar de madriguera, y se ha valido de mi apoyo para verificar el cambio.

—¿Está D. Juan en el castillo?

—No tengais cuidado, D. Lope. D. Juan está dentro del muro, y no ha de verificar su fuga sin que le siga una gacela, que no parece mal bocado.

—¿Ha de llevarse á Doña Inés?

—Así lo creo.

—No se la llevará, Fortun.

—Tambien me parece posible. Cuando un cervatillo novel quiere saltar algun vallado, suele clavarse las espinas y no conseguir el objeto.

—¿Y para cuándo está dispuesta esa fuga tan romancesca?

—Me haceis, señor alcaide, una pregunta, á la que no puedo contestar.

—Secretos para mí? Fortun.

—Secretos para vos, D. Lope, cuando lo son tambien para mí?

—Por manera que has descubierto el rastro á la caza, sin conocer la encrucijada en que debe reunirse toda.

—Perdonadme, señor alcaide, pero os estoy viendo hoy mas impaciente ó menos diestro que en otras muchas ocasiones. Figúrese el señor alcaide, que no está convenido el dia, y que han de avisárselo al montero para que los conduzca salvos.

—Tienes mucha razon, Fortun, y te confieso francamente que al ver agitarse las ramas, creí se hallaban las nobles piezas fuera de jurisdiccion. Pero.....

—Grave yerro ha sido en verdad para un cazador hecho al monte, confundir unos zarzales con una carrera de huida. Es el infante muy novicio, y armará mas ruido su fuga que la del jabali en las jaras.

—Sea como dices, buen montero; pero no descuides un punto estar al acecho por si la toman de callada.

—Podeis dormir descuidado.

—Puedes retirarte, Fortun.

El montero cruzó los brazos, y no desamparó su puesto.

D. Lope le miró fijamente, y llevando su mano á la escarcela, sacó un bolsillo bien henchido, y entregádoselo al montero dijo:

—Tenias mucha razon, Fortun, en no marchar sin recompensa. Recibe esas doblas de oro, y cumple fielmente mi encargo.

El montero cogió la bolsa, y sin decir una palabra se puso en marcha hácia su puesto.

Cada momento se aumentaba el compromiso de Hineztrosa, y su incertidumbre crecia con el discurso de las horas.

¿Convenia á los intereses del alcaide hacer partícipe al monarca de cuanto acababa de saber por la relacion de Fortun? Vamos á reunir antecedentes, teniendo en cuenta, que el alcaide nada sabia de la entrevista de D. Pedro con la huérfana de Avendaño.

Si atormentado el rey D. Pedro por el fantasma del maestre, habia olvidado á Doña Inés, ó desistido por lo menos de una esplotacion inmediata, manifestarle que una fuga podia sacarla de su poder, era dar pávulo á sus celos, y estimularle á que emprendiese cuanto le dictase su ira contra la pupila de Hineztrosa.

Muy convencido estaba el alcaide de que le seria bastante fácil impedir por sí mismo la fuga de los dos amantes, para que quisiese poner al rey como intermedio entre D. Juan y Doña Inés. Tambien sabemos, aunque están ocultos los motivos, que no era el ánimo de Hineztrosa presentarse ante su pupila como favorecedor del rey, y que habia tenido una satisfaccion particular, cuando le refirió la dueña su tráfica escena con D. Pedro, de la que pudo esperar D. Lope un cambio imprevisto en la resolucion del monarca.

Todas estas consideraciones y otras muchas

aconsejaban al alcaide guardase del rey el secreto que acababa de confiarle Fortun; pero una razon poderosa, y que habia obrado fuertemente en su conferencia con la huérfana, se presentaba omnipotente, y queria sofocar por sí sola cien resoluciones hidalgas. Esta razon tan omnipotente era el miedo.

Cuando D. Lope de Hineztrosa veia suplicante á Doña Inés, cuando las lágrimas de la huérfana, de aquella mujer tan heroica, se deslizaban por sus mejillas, y bañaban las blancas manos del alcaide, habia tenido miedo del rey y se habia negado á su súplica.

Cuando D. Lope de Hineztrosa escuchaba de su pupila una reclamacion á nombre de sus padres y de la ley, habia tenido miedo del monarca y desechado la peticion.

Cuando D. Lope de Hineztrosa fué requerido como noble para la defensa de una dama, tuvo miedo del rey D. Pedro, y no respondió cual caballero.

Cuando D. Lope de Hineztrosa oyó reconvencciones bien amargas, y verdades bien merecidas; cuando se le apellidó cobarde, tuvo miedo de su señor, y mesándose los cabellos, se querellaba como hembra ante una mujer animosa.

Cuando D. Lope de Hineztrosa fué despedido con nobleza, denostándole su conducta, tuvo miedo como hasta entonces, y se salió en busca del rey para completar su deshonra.

¿No pesará mucho á D. Lope este secreto peligroso? ¿No tendrá miedo de que lo descubra el monarca y teniéndole por traidor, le haga partícipe en las violencias con que distingue su reinado? Los sucesos responderán á las preguntas anteriores.

Hay muchos espíritus débiles, sin resolucion para obrar, pero que escudados en su inercia desafian los grandes peligros, y triunfan con esta constancia.

A pesar de cuanto hemos dicho, no puede llamarse á D. Lope espíritu débil por cierto. Su situacion era terrible, pues su resistencia al monarca, segun las ideas de aquel siglo, hubiera sido rebelion, y la familia de la Padilla tenia que pensarlo muchísimo antes de aparecer rebelde.

Avezados los ricos-homes á resistir toda violencia con el auxilio de las armas, ya en lo fuerte de sus castillos, si se consideraban débiles y ya en campo raso si poderosos y con parciales, habian hecho que los monarcas viesen en toda resistencia una rebelion organizada, y que aperciesen soldados para una lid inevitable.

Desde Ataulfo á D. Rodrigo habian bajado los reyes godos desde el alto trono al sepulcro por conspiraciones tenebrosas, que hundian un puñal en sus entrañas antes de que viesen la punta. Desde la restauracion por Pelayo hasta el reinado de D. Pedro habian batallado los nobles, los ricos-homes y los reyes; y á pesar de ello la real sangre no se habia derramado en el trono.

Este monarca de Castilla queria resolver el problema, de si los barones tenian un poder real